

2. PREFACIO

La provincia del Neuquén ha sido, por milenios, el escenario natural al que afluyeron tanto los cazadores clásicos de la Prehistoria -los patagónicos-, como las avanzadas extremas de culturas con enraizamiento lejano en la Subárea Andina Meridional. La atracción que sus recursos, clima y geografía ejercieron sobre los pueblos de la antigüedad, se manifiesta con nitidez en su arqueología, dotada de rasgos que le confieren individualidad con respecto a la de las regiones ubicadas en su entorno. Destacaremos, entre tales rasgos, placas y hachas grabadas, pipas, clavas cefalomorfas, piedras horadadas y un arte rupestre vigoroso. Pero los alcances de un contenido tan promisor y llamativo se han visto disminuidos por haberse estructurado su conocimiento en base a la ordenación de recolecciones superficiales constituídas por objetos arqueológicos cuya relación verdadera con las gentes que sucesivamente poblaron la región eran -y continúan siendo, en buena medida-, desconocidas.

Con el propósito de atenuar esas deficiencias, en 1977 consideramos la posibilidad de efectuar una excavación arqueológica en un "chenque" o cueva existente en la localidad de Haichol, en la vertiente oriental de la Cordillera Andina, cuyo potencial arqueológico, conocido desde años atrás, nos fuera señalado por Marcela y Miguel Cayol. El gobierno de la Provincia del Neuquén, a través del decreto 2962/78, autorizó y reglamentó la realización de excavaciones con finalidad científica en ese sitio, los que abarcaron las temporadas veraniegas de 1979, 1980 y 1981. El proyecto contó con el apoyo del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), del Instituto Nacional de Antropología, y del Gobierno de la Provincia del Neuquén, este último a través de la Dirección de Museos, Monumentos y Archivo Histórico.

Han sido muchas las personas que, de diferente manera, ayudaron a que las excavaciones de Haichol fueran llevadas a término, por lo que anticipadamente nos excusaremos de alguna

omisión involuntaria. El esfuerzo desplegado por los arqueólogos a quienes, en primer lugar, se debe la ejecución de las tareas de campo, merece no solamente nuestro agradecimiento sino también un reconocimiento especial por las difíciles y aún dramáticas condiciones imperantes en la Cordillera durante su actuación. A Carlos Baied, Susana Basílico, Marcela Casiraghi, Susana R. de Coquet, Bárbara Göbel, Rafael A. Goñi, Marisabel Hernández, Mercedes Podestá y Marta Ruiz, en consecuencia, hacemos llegar las gracias por su eficaz, desinteresada y correcta labor profesional. Rafael Cayol, propietario de los terrenos en que se emplaza el sitio excavado, autorizó la realización de los trabajos y aseguró generosamente el bienestar del personal participante. El Museo Histórico del Neuquén, a través de sus autoridades sucesivas, Susana Cayuela de Uez y Susana R. de Torcigliani, se constituyó en el pilar más sólido para la realización del proyecto. José Damianovich y Jorge Rambeaud prodigaron constantemente su amistosa colaboración. Los trabajos topográficos, cartográficos y de fotointerpretación, fueron ejecutados por Jorge Bialous con una calidad que es grato destacar. Marcela Cayol y su esposo, Miguel Cayol, sustentaron moralmente los trabajos y nos prodigaron colaboración. Mirta Raggio fué la amiga constante de nuestra empresa, y Juan Schobinger nuestro consejero y director científico. La cronología radiocarbónica, laboriosamente establecida entre 1980 y 1986, fué en su mayor parte realizada en los laboratorios del Instituto de Geocronología y Geología Isotópica (INGEIS), a cuyo director, Enrique Linares, agradecemos las posibilidades que entonces nos proporcionara.

Una excavación arqueológica no puede, razonablemente, solucionar la totalidad de los problemas arqueológicos de una comarca, ni dar respuesta a todos los interrogantes planteados. Puede, a lo sumo, aspirar a la solución de algunos. En su búsqueda, y teniendo en cuenta el impresionante volumen de información recuperada por las excavaciones, no hemos omitido esfuerzos por obtener la colaboración de los especialistas más distinguidos a que tuviéramos acceso. Si bien las respuestas brindadas a nuestros requerimientos no fueron parejas en intensidad, ni en duración, ni en resultados, no es menos cierto que han constituido el germen en torno al cual ha ido acreciendo la presente obra hasta adquirir su forma definitiva. A ellos corresponde, en consecuencia, el mérito que finalmente pudiera tener.

Concluiremos con una reflexión acerca del preocupante destino de los materiales arqueológicos recuperados en Haichol. Lodeseable hubiese sido que, en conjunto, sirvieran para la constitución de un museo arqueológico de sitio, acondicionando y habilitando al efecto su reservorio natural, el chenque en que fueran excavados. Circunstancias adversas coartaron esa posibilidad. Posteriormente se pensó, como alternativa, transferir su

custodia a un museo regional que funcionaría en Zapala, el que también incorporaría importantes colecciones de beneméritos estudiosos locales, dispuestos a desprenderse de ellas con ese fin. Es realmente lamentable que personas comprobadamente amantes de su terruño no hayan sabido superar prejuicios que finalmente esterilizaron tan interesantes iniciativas. Los materiales de Haichol, mientras tanto, fueron reintegrados al Museo Histórico del Neuquén, cuyos fondos patrimoniales pasaron a integrar, y donde en el futuro podrán ser revisados por investigadores.

Terminamos recordando la memoria de Fernán Fernández Beschedt, estudioso del pasado del Neuquén, en el que tan profundas eran sus raíces espirituales e intelectuales. Lamentamos con verdadero sentimiento que no haya alcanzado a ver materializado este aporte de la excavación arqueológica cuya ejecución alentara con tanto entusiasmo.

Buenos Aires, 1988.